

Realismo vecinal con sabor a infierno

Jesús Vicente García

LA UNIDAD HABITACIONAL FORMA y deforma a los habitantes, pues en ella deben cumplir un destino: odiar a los vecinos que no respetan a los demás, lidiar con la adversidad e inventar un hilillo de esperanza; un continuo autoengaño.

Vistos de lejos, en plena carretera, se observan los cerros hacinados de edificios ubicados fuera del Distrito Federal, en la zona norte. Fuente literaria de Alfonso Morcillo (1972)¹ para escribir *Edificio A departamento 69*, libro conformado por 16 cuentos, en su mayoría, con los temas básicos de la literatura desde los griegos: el deseo, la muerte, la venganza, la infidelidad, la corrupción, la fe en un dios, la esperanza; y relatados mediante historias del robo, la prostitución, el asesinato, el tráfico de drogas, en fin, de la trasgresión de la ley; situaciones generadas por las deudas, el desamor a la pareja, un matrimonio destrozado, travestis sufridos, lesbianas victoriosas, adolescentes embarazadas o violadas, o incluso con el deseo de salir de la monotonía; todo ello volcado hacia la dejadez, la desesperanza, inmersos en un ambiente en el que los personajes trabajan en la ciudad, se esfuerzan por conseguir para la comida diaria, pero con resultados opuestos: trabajan para vivir, mejor dicho, para malvivir, y no sólo en un sentido económico, sino sobre valores hechos añicos; no hay ascenso social, simplemente se vive conforme a unas reglas creadas, torcidas y atropelladas.

¹ El autor estudió periodismo. Éste es su primer libro publicado, escrito con apoyo del Fondo de Cultura del Estado de México.



El cuento que abre el círculo

La estructura del libro es circular. El cuento liminar, “Primavera”, pareciera una descripción de acontecimientos, con poca anécdota, pero con mucha simbología: la abuela que se recupera de una enfermedad, comienza el año nuevo con una visita al mercado, compra fruta y se come una sandía de una forma casi instintiva, en que la plástica se adueña del texto: “tomó un cuchillo y cortó una enorme rebanada de la sandía, la metió entre sus escasos dientes y sus nietos pudimos ver cómo el jugo de la fruta se deslizaba por entre sus comisuras, resbalando por su cuello y pecho”. El cuchillo, la sandía y el rojo del jugo crean un paralelismo del rito de arrancar el corazón a una doncella, ofrecerlo a los dioses, ver la sangre correr en beneficio de la tribu. La abuelita cumplirá noventa años. Con sus imágenes rojas y tanáticas, el cuento es símbolo de esperanza y de burla hacia la muerte. Hay un efecto: sucede que unido con el cuerpo del libro, el cuento adquiere más peso conforme el lector se adentra en las historias y sobre todo en el final. Y quizá sea un punto en contra, porque un cuento debe tener su propia independencia. De ahí la razón de señalar su fuerza simbólica con relación a la estructura circular del libro más que por méritos propios. De esta forma,

el primero y el último cuento se hermanan en el tema: la esperanza. Pero veamos qué hay en medio de estas tapas del emparedado.

Lo sugerente

Las anécdotas son sustratos de la vida común y corriente; la forma y el estilo devienen del gusto por contar historias, no sorpresas. En los títulos está el tema, el personaje, el motivo: “Cuchillo”, “Trailer”, “Fe”, “Calor”, “Dealer”, “Silencio”, “Rata”; se sugiere, se evoca, se le susurra al lector una probada de lo que vendrá. Vemos que en “Cuchillo”, la anécdota es sencilla: a un joven se le aparece su pasado: la ex regresó con una hija de un año de edad y lo busca porque está sola, abandonada y no tiene dinero. Él se sorprende. No sabe qué hacer. No tendría por qué ayudarla, ni siquiera es su hija. Decide ir a verla; en el camino de regreso del D.F. lo asaltan. Ya no tiene dinero para socorrerla y no desea regresar con ella; está dolido. Sin embargo, el elemento de un cuchillo en el cuento es el símbolo de lo que vendrá. En el asalto al camión, el ratero le muestra el brillo del arma punzocortante, con el que se gana la vida. Cuando está con la susodicha, se percata de que de verdad ella no tiene ni para





Alfonso Morcillo
Edificio A departamento 69
 México, Fridaura (Los Libros de Pameló)
 2009, 73 pp.

comer. Va a la alacena y en lugar de comida encuentra un cuchillo similar al del asaltante. Se le ocurre que el cuchillo tendría que sacarlos del problema tanto a ella como a él, y se la juegan el personaje y el autor en un final abierto y sugerente.

En el libro, la monotonía es el infierno. Es su aquí y ahora. Un trailerero quiere ponerle casa a una mesera-prostituta, está harto de su esposa infiel y sus hijos vagos y borrachos; cree que con eso se solucionará el problema. Un ex policía que perteneció a un cuerpo de seguridad en el D.F. hace treinta años ahora es el jefe del módulo de policía de su unidad habitacional, que se llevó, para sobrevivir, lo principal: el arte de la corrupción y la indiferencia ante la muerte. El *dealer* taxista cambia su vida sólo por querer que la vecina de arriba le baje a la música; por intentar darle solución a la bronca, lo atrapan con todo y droga. El travesti que carga la losa de un pasado roto y un presente injusto es golpeado por un taxista. Un basurero ve cada invierno los cambios de la navidad en la actitud en los vecinos, pero sabe que pasará, así que hay que aprovechar; después regresará a los malos tratos de siempre. A una joven y a una adulta violadas las alcanza el destino. Es la resignación ante esta forma de vida que no pueden abandonar.

Claro, no todo está perdido. Hay otros personajes que dentro del infierno habitacional trabajan el plan de Dios para la tierra. En “Fe”, tres mujeres testigos de Jehová luchan contra la corriente como los salmones; tocan puertas, suben y bajan escaleras, soportan el calor y los malos recibimientos, las mentiras de los vecinos

que aceptan la revista *Atalaya* para aventarlas en el piso. Ellas, como Don Quijote, no ven unos edificios rojos con departamentos, con gente soez, grosera o indiferente; no, ven a los seguidores de Jehová Dios, sólo que es necesario darles un empujoncito e invitarlos a leer la revista y la Biblia, y aunque los resultados son adversos, siguen; la fe las mueve.

Lo fino

Hay dos cuentos que rompen con los anteriores: “Otoño” y “Suelo”. El primero dice sin decir; sugiere, no afirma, con las acciones de los personajes: una mujer despierta para responder el teléfono. Es el esposo que se va para *el otro lado*. Le avisa que en la tarde verá al *pollero* para cruzar. Quiere hablar con su hija; no está. Se despiden. En el momento en que ella va a colgar el teléfono, “una mano blanca de dedos largos rematados por unas uñas cuidadosamente pintadas de rojo le ayudó a depositar la bocina”. El esposo tardará seis meses en regresar. Unos labios delgados silencian los de la esposa que acaba de colgar el auricular. No dice más, pero sugiere mucho: un lesbianismo tardío de una mujer madura, otoñal. El lector aplaude el silencio. Morcillo aplica lo que dice Ricardo Piglia en su punto 1 de las *Tesis sobre el cuento*: “Lo más importante nunca se cuenta. La historia secreta se construye con lo no dicho, con lo sobreentendido y la alusión”. De ahí la finura del final: más que sorprendente, es sugestivo.

En el caso de “Suelo”, el tema es una violación, que en la vida real es una atrocidad, pero en la ficción de Morcillo se muestra con un deleite en la forma. No



es el acto en sí, sino el ritmo narrativo en los puntos de vista intercalados. Ambos caminan. Él la sigue sin ser visto. Ella sigue su camino en la unidad habitacional. Así comienza: “Él la mira a lo lejos. Ella no lo mira”. Y así termina: “Ella lo mira alejarse. Él ya no la mira”. La antítesis es su herramienta fina; la descripción sin paja permite rapidez. Horacio Quiroga dijo en su decálogo que en un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la misma importancia que las tres últimas. Éste es el caso.

El cuento que cierra el círculo

Los González son una familia común: papá, mamá e hijo. Padres que no llegan a los treinta años de edad. El crío va a la primaria. Un crédito del Infonavit les permitió comprar un departamento en una unidad habitacional afuera de la ciudad. Fueron en cinco ocasiones a verificar la zona; todo está a su favor: el transporte, la escuela del hijo, el trabajo del padre, los servicios, los vecinos, la seguridad. El papá compró un taxi y quiere otro para trabajarlo y así tener más dinero; nada les impide que así pueda ser. “Tantos planes y tan poco el dinero”; le rezan a Dios, son buenos católicos y nomás por eso merecen la fortuna y la dicha. Entrarán al círculo de la unidad habitacional y, como la abuelita del primer cuento, tienen la fuerza para comenzar y proyectar su vida, pero, a juzgar por el mundo literario de Morcillo, no hay forma de progreso. Como en la picaresca, el personaje nunca asciende por más que lo intenta. De esta manera, “González”, el *cuento tapa* que

cierra el círculo, tiene el impulso y la espontaneidad de la vida misma, como dice Enrique Anderson Imbert en su teoría del cuento; hay una voluntad que choca con algo que le resiste, lo cual coadyuva para que el escritor reinvente su mundo de todos los días, en el cual hasta respirar su propia contaminación es un reto.

El realismo vecinal

En conjunto, éstos son textos extraídos de la realidad *condominal*, de la clase media baja que es más pobre que rica, que busca sobrevivir, que carece de aspiraciones socioculturales. *Edificio A departamento 69* es un libro de cuentos de realismo vecinal, en los que el autor quiere reproducir las percepciones sociales y sentimentales del entorno. Su fórmula estética, nos dice Anderson Imbert en este sentido, es pintar el mundo tal como es. “El escritor se planta en medio de la vida cotidiana y observa con los ojos normales desde la altura de un hombre del montón”, de tal suerte que “cualquier hijo de vecino reconozca lo descrito”, con sus perspectivas y cosas ordinarias, pero con una forma única y sencilla, y la sencillez es difícil. Así que estamos frente a cuentos cuyos sucesos son ordinarios y por tanto probables; pero no creo que traten de pintar la realidad tal cual, como un espejo, porque el mismo espejo deforma la imagen, sino de recrear y de reinventar su propio entorno para que los leamos con audífonos, en caso de tener vecinos que no sepan escuchar música para sí mismos, y que preferiríamos conocer en un cuento y no en una unidad habitacional. ▀▀